

XIV.

Cómo se cazaban los lobos en Navarra.

Chicot, al observar los preparativos de marcha, no pudo menos de decir á media voz que las cacerías del rey Enrique de Navarra eran menos suntuosas que las del rey de Francia.

Solo doce ó quince caballeros, entre los cuales reconoció al vizconde de Turena, objeto de las disputas matrimoniales, formaban la comitiva de S. M.

Además como dichos caballeros solo eran ricos

en la apariencia, como no disfrutaban bastante renta para hacer gastos inútiles, ni aun útiles en algunas ocasiones, casi todos ellos llevaban yelmos y corazas, en vez de ostentar los trajes de caza que en aquella época estaban en boga; lo cual inspiró á Chicot la idea de preguntar si los lobos de Gascuña tenían en sus bosques mosquetes y artillería.

Enrique oyó la pregunta, aunque no se dirigía á él, y aproximándose á Chicot, le tocó en el hombro y le dijo:

— No, hijo mío, los lobos de Gascuña no tienen mosquetes ni artillería; pero son unas fieras terribles, armadas de buenas garras y dientes, que atraen á los cazadores entre la maleza, en donde se corre grande riesgo de que se desgarran los trajes contra los zarzales. Y si bien se puede desgarrar un traje de seda, ó terciopelo, y aun una ropilla de paño ó de búfalo, no sucede lo mismo á una coraza.

— No deja de ser una razón, — murmuró Chicot, — pero no muy convincente.

— ¿Qué quieres? — replicó Enrique, — no puedo darte otra mejor.

— Por consiguiente preciso es que me dé por satisfecho.

— Es lo mejor que puedes hacer, hijo mío.

— Pues *sea* así.

— Hé ahí un *sea* que revela una crítica interior, — repuso Enrique. — Estás enojado conmigo por haberte incomodado para ir á la caza.

— Sí, á fe mía.

— ¿Y haces comentarios?

— ¿Está prohibido hacerlos?

— No, amigo mío, no; los comentarios son moneda corriente en Gascuña.

— ¿Qué diantre! Debéis conocer, señor, que yo no soy cazador, — replicó Chicot; — y que necesito ocuparme de alguna cosa, puesto que nada tengo que hacer, mientras vos recreáis vuestros bigotes con el husmo de esos famosos lobos que os proponéis acosar entre los doce ó quince que sois.

— ¡Ah! sí, — dijo el rey sonriéndose con esta nueva pulla de Chicot, — primero los vestidos, ahora el número; búrlate, búrlate de nosotros, amigo mío.

— ¡Oh! ¿Señor?

— Pero permíteme que te diga que no eres indulgente, hijo mío; el Bearnés no es grande como la Francia; el rey, allá abajo, marcha siem-

pre con doscientos cazadores, y yo aquí salgo con doce como ves.

— Sí, señor.

— Pero, — continuó Enrique, — vas á creer que echo fanfarronadas, Chicot ; no importa, te diré que muchas veces aquí, lo que no sucede allá abajo, al saber los nobles de aldea que salgo á cazar, abandonan sus casas y vienen á acompañarme, lo que en muchas ocasiones me proporciona una respetable escolta.

— Ya veréis, señor, como no tengo el honor de presenciar semejante cosa, — dijo Chicot, — decididamente estoy de desgracia.

— ¿ Quién sabe ? — respondió Enrique con su sonrisa chocarrera.

Después, cuando habían dejado atrás á Nerac y cuando llevaban poco más ó menos media hora de marcha :

— Aguarda, — dijo Enrique á Chicot, poniéndose la mano encima de los ojos como para forrar con ella una visera, — no, no, creo que me engaño.

— ¿ Qué hay ? — preguntó Chicot.

— Mira allá abajo, hacia las barreras del pueblo

de Moiras. ¿ No es gente á caballo lo que veo ?

Chicot se alzó sobre sus estribos, y dijo :

— ¡ Pardiez ! creo que tenéis razón.

— Y yo estoy seguro de ello.

— Hombres á caballo, sí, — dijo Chicot mirando con más atención ; — pero cazadores, no.

— ¿ Por qué no cazadores ?

— Porque vienen armados como otros Rolandos y otros Amadis de Gaula, — respondió Chicot.

— ¡ Eh ! ¡ qué importa el traje, mi querido Chicot ! Ya puedes haberte convencido al vernos que el traje no hace el cazador.

— Pero, señor, — exclamó Chicot, — veo por la parte más corta doscientos hombres allá abajo.

— Y bien, ¿ qué prueba eso, hijo mío ? Que Moiras es un buen censo.

La curiosidad de Chicot se aumentaba cada vez más.

La partida, cuyo número había calculado en efecto Chicot en un guarismo muy bajo, pues se componía de doscientos cincuenta jinetes, se incorporó silenciosamente á la escolta ; cada uno de los hombres que la formaban estaba bien montado, bien equipado, y la fuerza total venía mandada

por un hombre de buena presencia que se llegó á besar la mano de Enrique con urbanidad y respeto.

Pasaron el Gers por un vado, y entre este río y el Garona, en una hondonada, encontraron otra partida de cien hombres, cuyo jefe se acercó á Enrique y pareció excusarse por no haber podido reunir mayor número de cazadores: el rey acogió sus disculpas alargándole la mano.

Prosiguieron la marcha y llegaron al Garona, que atravesaron del mismo modo que el Gers; pero, como es más profundo que éste, perdieron tierra los caballos á las dos terceras partes del río, y fué preciso nadar unos treinta ó cuarenta pasos; á pesar de todo, pasaron á la opuesta orilla sin el menor accidente.

— ¡ Ira de Dios! — dijo Chicot. — ¡ En qué faenas me ejercitáis! Teniendo puentes más allá y más acá de Agen, ¿ os divertís en remojar de ese modo vuestras corazas?

— Mi querido Chicot, — contestó Enrique, — nosotros somos unos salvajes, y es preciso perdonarnos. No ignoras que mi hermano el difunto Carlos me llamaba su jabalí; pues bien, esta

fiera... pero tú no eres cazador y no puedes entenderme; el jabalí nunca se desvía, sigue derecho su camino: yo le imito, supuesto que llevo su nombre, y tampoco me separo del objeto que me propongo. Se presenta un río, lo paso sin rodeos; encuentro una ciudad delante mí, y por Cristo que me la trago como una empanada.

Esta broma del Bearnés produjo ruidosas carcajadas entre los que la oyeron.

El señor de Mornay, que no abandonaba el lado del rey, fué el único que no se rió con estrépito, contentándose con morderse los labios, lo cual en él era indicio de una hilaridad extravagante.

— Mornay está hoy de buen humor, dijo Enrique muy contento y en voz baja á Chicot, — pues acaba de reirse de mi chanzoneta.

Chicot se preguntó á sí mismo de cuál de los dos debía reirse, si del rey, que tan alegre se mostraba por haber hecho reir á su servidor, ó de éste, que con tanta dificultad consentía en reirse.

Pero, sobre todo, la admiración era entonces el sentimiento dominante de Chicot.

Al otro lado del Garona, como á media legua del río, aparecieron á los ojos de Chicot trescientos

hombres que estaban ocultos en un bosque de pinos.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! señor ! — dijo á Enrique. — ¿ No serán esos hombres algunos envidiosos que habrán oído hablar de vuestra cacería y que tal vez intentan oponerse á ella ?

— No, hijo mío, te engañas de medio á medio ; son amigos que vienen de Puymirol ; verdaderos amigos.

— ¡ Por Cristo, señor ! Vais á contar hoy más hombres en vuestro séquito que árboles en los bosques.

— Chicot, hijo mío, — replicó Enrique, — yo creo, y Dios me perdone el pensamiento, que se ha esparcido ya en el país la noticia de tu llegada, y que estos caballeros acuden de los cuatro puntos de mi reino para hacer los honores al rey de Francia, cuyo embajador eres.

Chicot tenía demasiado talento para dejar de conocer que hacía tiempo se burlaban de él.

Al oír las palabras del rey arrugó el entrecejo, pero no se incomodó.

La jornada dió fin en Monroy, punto en que los caballeros del distrito, como si de antemano hubie-

ran sabido que el rey de Navarra debía pasar por allí, le sirvieron una cena regalada, de la cual se aprovechó Chicot con entusiasmo, pues la comitiva no había juzgado conveniente detenerse en el camino para una cosa tan poco importante como comer, y por lo mismo nadie había probado cosa alguna desde que salieron de Nerac.

Se había dispuesto para Enrique la mejor casa de la ciudad ; la mitad de la gente se acomodó en la calle y la otra mitad fuera de puertas.

— ¡ Y cuándo empieza la caza ? preguntó Chicot á Enrique al ver que éste mandaba que le sacasen las botas.

Todavía no hemos llegado al territorio de los lobos, mi querido Chicot, — contestó Enrique.

— ¡ Y cuándo llegaremos ?

— ¡ Curioso !

— Nada de eso, señor, pero todo el mundo desea saber adónde va.

— Mañana lo sabrás, hijo mío : entretanto acuéstate en esos cojines que están á mi izquierda ; ya ves cómo ronca Mornay á mi derecha.

— ¡ Cáspita ! Y tiene el sueño más estrepitoso que la risa !

— Es verdad, contestó Enrique; — es poco amigo de meter ruido, pero es de ver en las faenas de la caza, y ya le verás.

No bien empezaba á amanecer cuando los relinchos de los caballos despertaron á Chicot y al rey de Navarra.

Un anciano caballero que quiso servir al rey en persona, le presentó una rebanada de pan con miel y el vino especiado de la mañana.

Mornay y Chicot fueron servidos por los criados del anciano caballero.

Concluido el desayuno se tocó bota-sillas.

— Vamos, vamos, — dijo Enrique, — porque hoy nos espera buena jornada; á caballo, señores, á caballo.

Chicot vió con el mayor asombro que se habían reunido á la cabalgata quinientos hombres más que llegaron por la noche.

— Señor, — dijo al rey: — esto no es una escolta ni un acompañamiento, sino un ejército hecho y derecho.

Enrique solo le contestó estas palabras:

— Espera, hombre, espera.

En Lauzerte se aumentaron las fuerzas con seiscientos hombres de infantería.

— ¡Infantería! — exclamó Chicot.

— Ojeadores, — respondió el rey; — nada más que ojeadores.

Chicot arrugó el entrecejo, y desde entonces no volvió á desplegar los labios.

Veinte veces se dirigieron sus miradas hacia el campo; es decir que le ocurrió veinte veces la idea de huir. Pero Chicot tenía su guardia de honor, sin duda en calidad de representante del rey de Francia; resultando de ahí que estaba tan bien recomendado á ella, como un personaje de la mayor importancia, y que no hacía un ademán que no fuese observado por diez hombres.

Esta circunstancia le desagradó, y habló al rey sobre ello.

— ¡Diantre! Tú tienes la culpa, hijo mío, has querido escabullirte en Nerac, y temo que aun quieras hacerlo.

— Señor, — respondió Chicot, — os doy mi palabra de caballero, de que ni siquiera lo intentaré.

— Enhorabuena.

— Además, haría yo muy mal.

— ¿Harías muy mal?

— Sí, porque, quedándome, espero ver cosas curiosas.

— Y bien; me alegro de que sea esa tu opinión, querido Chicot, porque también es la mía.

En aquel momento atravesaban la ciudad de Montcuq, y entraban en las filas del ejército cuatro cañones de campaña.

— Vuelvo á mi primera idea, señor, — dijo Chicot, — que los lobos de este país son unos lobos maestros, y que se les trata con miramientos desconocidos de los lobos ordinarios; ¡artillería para ellos, señor!

— ¿También has reparado en eso? — contestó Enrique. — ¿Qué quieres? Es una manía de los habitantes de Montcuq, á quienes he regalado para sus ejercicios esas cuatro piezas que compré en España, y que han pasado la frontera de contrabando: no saben ir sin ellas á parte alguna.

— En fin, señor, — murmuró Chicot, — ¿llegaremos hoy?

— No, mañana

— ¿Por la mañana ó por la noche?

— Por la mañana.

— De modo que vamos á cazar á Cahors, ¿no es esto?

— Hacia ese lado.

— Pero, señor, ya que lleváis infantería, caballería y artillería para cazar lobos, ¿cómo es que dejáis olvidado el estandarte real? No honráis completamente á esas nobles fieras.

— No permanece olvidado, Chicot. ¡Pues eso hubiera faltado, por vida mía! Lo que hay es que está en su funda para que no se aje. Pero ya que á toda costa, hijo mío, te hace falta un estandarte para saber bajo qué bandera militas, te lo vamos á enseñar. Desplegad mi bandera, — añadió el rey en alta voz, — pues el señor Chicot desea conocer las armas de Navarra.

— No, no; es inútil, — dijo Chicot; — dejadla en su sitio, que allí está bien.

Pasaron la segunda noche en Catus, casi lo mismo que habían pasado la primera. Desde que Chicot había dado su palabra de honor de no fugarse, ya no vigilaban sus pasos.

Dió un paseo por el pueblo, y se adelantó hasta

las avanzadas, notando que en todas direcciones llegaban á reunirse al ejército compañías de ciento, de ciento y cincuenta y de doscientos hombres, pues aquella noche se había destinado para la reunión de la infantería.

— Es una felicidad que no marchemos hasta París, — dijo Chicot, — pues á este paso llegaríamos á la capital con cien mil hombres.

Al día siguiente á las ocho de la mañana se hallaban á la vista de Cahors con mil infantes y dos mil caballos.

La ciudad estaba alerta y en estado de defensa, porque los exploradores habían alarmado al país obligando al señor de Vesins á tomar sus precauciones.

— ¡ Hola ! — dijo el rey, á quien Mornay comunicó esta noticia. — ¡ Nos esperan, eh ? Esto contraría un poco nuestros planes.

— Será preciso poner á la plaza sitio en regla, señor, — observó Mornay : — todavía deben llegarnos dos mil hombres poco más ó menos, y es cuanto necesitamos para contrabalancear las contingencias de la lucha.

— Reunamos el consejo, — añadió el señor de Turena, — y abramos las zanjas.

Chicot miraba atónito todos los preparativos y oía con el mayor asombro cuanto se hablaba.

La frente arrugada y pensativa del rey de Navarra confirmaba su pensamiento de que Enrique era hombre de pocos alcances militares, convicción que le tranquilizaba algún tanto.

Enrique dejó que todos hablasen, permaneciendo silencioso mientras emitían sucesivamente su opinión los que le rodeaban.

De pronto abandonó sus cavilaciones, irguió la frente, y dijo con acento de autoridad :

— Señores, hé aquí lo que ha de hacerse : tenemos tres mil hombres y esperamos dos mil, ¿ no es esto, Mornay ?

— Sí, señor.

— Total, cinco mil. Durante el sitio en regla nos matará el enemigo mil ó mil y quinientos en dos meses, lo cual desanimará á los demás obligándonos á levantar el sitio y á retirarnos : en la retirada perderemos mil hombres más, y quedarán reducidas á la mitad nuestras fuerzas. Sacrifi-



quemos de una vez quinientos hombres y tomemos á Cahors.

— ¿Pero cómo ha de hacerse? — preguntó Mornay al rey.

— Mi querido amigo, nos acercaremos sin vacilar á la puerta más inmediata: en nuestra marcha encontraremos un foso, que cegaremos con fajinas; allí caerán doscientos hombres, pero llegaremos á la puerta.

— ¿Y después?

— Haremos saltar la puerta con petardos, entraremos: me parece que la cosa no es muy difícil.

Chicot miró á Enrique asustado.

— Sí, — murmuró entre dientes, — cobarde y vanidoso como un gascón. ¿Te atreverás tú á colocar los petardos al pie de la puerta?

Al mismo tiempo, y como si hubiese llegado á sus oídos el *aparte* de Chicot, añadió Enrique:

— No perdamos tiempo, señores, porque se nos puede enfriar el almuerzo: ¡adelante, adelante! y sígame quien bien me quiera.

Chicot se acercó á Mornay, á quién no había

tenido ocasión de dirigir una palabra durante el camino.

— Respondedme, señor conde, — le dijo al oído, — ¿deseáis por ventura perecer todos abrasados?

— Señor Chicot, es preciso que eso suceda para prepararnos á cosas mayores, — replicó Mornay con la mayor tranquilidad.

— Pero vais á hacer que muera el rey.

— ¡Bah! S. M. tiene buena coraza.

— También creo que no será tan loco que se exponga al fuego enemigo.

Mornay se encogió de hombros y volvió las espaldas á Chicot.

— Vamos, — dijo éste, — más me gusta dormido que despierto; mejor quiero oírle roncar que hablar, porque entonces al menos no es tan impolítico.